

El hechizo de los puentes o un remedio para dejar de escribir

SANTIAGO BERUETE

Un hombre cercano ya a la cuarentena, vestido con un traje que había conocido tiempos mejores y el estado de ánimo de quien ya no espera nada de la vida, oteaba una tarde de finales de marzo el panorama desde el puente de la estación.

El sol poniente arrancaba destellos dorados de la superficie del río que, trazando curvas, discurría entre riberas jalonadas de chopos. A través de sus frondosas ramas, mecidas por el viento, conseguían verse las casas de vecinos de una barriada de las afueras. Los sabrosos olores que salían de las cocinas, donde a esas horas se indicaban los preparativos para la cena, llegaban a su olfato mezclados con el hedor de las contaminadas aguas del río. A lo lejos, atenuado por el rumor de la corriente y las primeras sombras del ocaso, alcanzaba a oírse el ruido del tráfico y la vorágine ciudadana.

Pese a la agradable vista que se extendía ante sus ojos, Alejo Mendiguren, que así se llamaba aquel personaje, se dejó invadir por sombríos pensamientos. Le dolía el alma ver cómo sus esperanzas de convertirse en un escritor famoso habían quedado en nada. Su nombre jamás había salido del anonimato y sus libros no conocían lectores. Casi una docena de ellos atesoraban polvo en un cajón de su mesa de trabajo. Con todo, no estaba dispuesto a renunciar a sus ambiciones literarias. Antes de resignarse a ser un fracasado, prefería acabar con su vida.

Andaba en esas reflexiones cuando, aprovechando que no había nadie a la vista, pasó su cuerpo al otro lado de la barandilla y, con una expresión de desdichada felicidad pintada en el rostro, se arrojó al vacío, resuelto a morir como un artista que el mundo no conocería.

En los escasos segundos que duró la caída, destilaron vertiginosamente por su cabeza un sinfín de imágenes. Mientras se vaciaba de los recuerdos de

su pasada existencia, se hizo un profundo silencio en su interior, sólo roto por la conmoción del golpe contra la superficie de las aguas.

Aquello hubiera representado el final de sus días si no fuera porque una pareja de jóvenes, sentados en uno de los bancos diseminados por las arboladas orillas del río, vinieron a salvarlo de una muerte segura. Alertados no se sabe si por sus gritos o por el ruido del chapuzón, se hicieron rápidamente conscientes de que una persona se estaba ahogando y, sin perder un minuto, acudieron en su auxilio.

Dando muestras de una determinación fuera de lo común, se zambulleron en la fría corriente y, tras un breve forcejeo, remolcaron el cuerpo casi asfixiado de Alejo Mendiguren hasta la orilla, donde, no sin cierta dificultad, lograron que expulsara el agua tragada y recobrará el sentido. Durante un rato estuvo demasiado aturdido para despegar los labios. Sus salvadores supusieron con fundamento que estaba contusionado, y se dispusieron a llamar a una ambulancia. Sólo entonces el presunto suicida tomó la palabra y, con la intención apenas disimulada de que le dejaran en paz, murmuró con la voz entrecortada:

—Ya pasó el susto... Ha sido una falsa alarma... Estoy bien... Creo que me iré a casa.

Sin acabar de decir la última frase, Alejo Mendiguren se puso en pie y, sordo a los ruegos de sus salvadores, echó a andar hacia su domicilio, situado a pocas manzanas de allí. Los dos jóvenes, con una mezcla de satisfacción y desconcierto, le siguieron con la mirada mientras, dejando tras de sí las huellas húmedas de sus pasos, se perdía calle abajo.

Apenas una hora después de haber intentado quitarse la vida, Alejo Mendiguren se encontraba en el salón de su casa sentado en un sillón frente a la chimenea recién encendida. A su lado, se apilaban en el suelo manuscritos originales, borradores de textos inacabados y carpetas llenas de papeles sueltos y notas con los que, de cuando en cuando, alimentaba las llamas. Mientras se sacaba el frío de los huesos, el fuego devoró dos novelas, tres libros de poemas y un número indeterminado de cuentos y ensayos. Sólo cuando la totalidad de su obra escrita quedó reducida a cenizas, se fue a acostar.

Por primera vez en las últimas semanas, durmió a pierna suelta, y al despertar supo con absoluta seguridad que sus días en aquella ciudad habían tocado a su fin. Estaba resuelto a dejar el trabajo, vender sus bienes y marcharse lejos, no importa dónde. Aun admitiendo que la triste realidad es igual en todas partes, no pudo evitar sentir un conato de alegría cuando, con el cuerpo todavía magullado por la caída, dejó atrás la localidad donde había vivido hasta los treinta y ocho años.

Casi un mes después de haber puesto tierra por medio, Alejo Mendiguren llegó a un lugar perdido en el mapa llamado Medinaceli, donde sintió la tentación de quedarse. Con esa idea, buscó un alojamiento confortable y un trabajo con que ganarse los garbanzos. Al cabo de un año, había hecho las paces con el mundo. O, por decirlo de otra manera, se había reconciliado con su inteligencia y abrazado algunas certezas consoladoras, mudado de ilusiones y aprendido a vivir según la conveniencia del momento. Pocas cosas le fueron sin embargo más difíciles de asumir que la decisión de no volver a plasmar por escrito sus pensamientos. Pero con el tiempo, eso también dejó

de suponer un problema. Ahora bien, una cosa era haber encontrado un sitio en la vida y otra muy distinta sentirse satisfecho consigo mismo.

Incluso alguien tan solitario y desengañado del mundo como Alejo Mendiguren no podía prescindir de las alegrías del amor y la compañía de amigos más o menos cercanos. Y, así es como, para su sorpresa, descubrió que, gracias a su nueva actitud frente a los otros, él, que no era precisamente una persona de trato fácil, se granjeaba el aprecio de sus semejantes con relativa facilidad. Tampoco le costó mayores esfuerzos establecer lazos de amistad con algunos compañeros del trabajo e intimar con una mujer de nombre Clara, que, con el correr del tiempo, habría de convertirse en su esposa. A su lado iba a olvidar las penalidades pasadas y a ilusionarse nuevamente con el porvenir.

Su felicidad hubiera sido completa si no fuera porque un desgraciado incidente vino a turbar el curso de su nueva vida. Un día de tantos que Alejo Mendiguren había salido a pescar, descubrió en un remanso del río el cadáver de un ahogado. Quiso la casualidad que, cogido del anzuelo, ascendiese a la superficie un pedazo de tela. Pero lo que en un primer momento parecía un saco viejo, resultó ser un cuerpo humano en avanzado estado de descomposición.

Dadas las circunstancias, aquel infortunado, una de dos, o bien había sido víctima de un desgraciado accidente, o bien se había tomado la muerte por su mano. La idea del suicidio le tocó una fibra sensible. Contempló por segunda vez ese cadáver con la cara comida por los peces y fue como verse a sí mismo. Lívido de angustia, tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse dominar por el asco. Cuando se repuso del susto, Alejo Mendiguren recogió los aparejos de pesca y la cesta con las capturas y condujo su automóvil hasta el pueblo más cercano con la intención de notificar el trágico suceso a la policía.

Durante los días siguientes, los medios de comunicación, salvo algunas conjeturas poco creíbles, no aportaron datos que pudieran ayudar al esclarecimiento del caso. Tanto si fuera un suicidio como si no, lo cierto era que nadie en la región conocía al difunto. Si se le pudo identificar, fue gracias a que en uno de los bolsillos del pantalón llevaba una nota manuscrita. Pese a que el agua había recorrido la tinta y estropeado el papel, todavía resultaba posible descifrar su firma. El interfecto respondía al nombre de Alejo, coincidencia que hizo presentir a Mendiguren afinidades más complejas.

Desde entonces empeñó su orgullo en tratar de averiguar quién era su tocayo. En el curso de esas pesquisas Alejo Mendiguren cedió a la tentación de tomar la pluma y, traicionando su antigua promesa de no volver a escribir, confió al papel sus descubrimientos e impresiones. A falta de datos sobre ese misterioso personaje, se dejó llevar por sus inclinaciones literarias y, sacando a relucir al escritor que llevaba dentro, recreó su figura con tintes de novela. El texto trascendía la biografía del ahogado para convertirse en una alegoría sobre el fracaso. Dejando aparte otras consideraciones, los méritos literarios de la obra quedaban fuera de toda duda. No había que ser ningún experto para apreciar su cuidado estilo y la originalidad de la narración.

Después de leer el manuscrito, su esposa, sorprendida del resultado, le animó a enviar una copia de ese relato a una editorial. Ya casi se habían olvidado del asunto cuando Alejo Mendiguren recibió una llamada telefónica del

editor anunciándole que el comité de lectura había seleccionado su libro para ser publicado. Y si bien su primera reacción fue de incredulidad, no tardó en dar a esa noticia el valor que se merecía. Mucho tiempo después de colgar el auricular, seguía sin poder pensar en otra cosa. Los sentimientos que afluían a su pecho eran contradictorios, porque si por un lado le complacía ver cómo sus aspiraciones al fin se habían cumplido, por otro le apenaba haber perdido los mejores años de su vida. Resultaba irónico que, sólo después de renunciar a sus ambiciones literarias, éstas se hubiesen hecho realidad. Una vez más, Alejo Mendiguren tenía la impresión de que el destino se había burlado de él.

A decir verdad, ese tardío reconocimiento representó su perdición. Fue a partir de saborear las mieles del éxito que perdió la confianza en sí mismo y se llenó de aprensiones y temores. Aun cuando no quisiera admitirlo, en su fuero interno añoraba la libertad del anonimato y la certidumbre consoladora de ser un don nadie. Como todas las personas que han sacrificado una parte de sí mismos para sobrevivir, Alejo Mendiguren temía que el cumplimiento de sus más codiciados sueños le acarrease alguna suerte de desgracia.

Un buen día en que, llevado por el deseo de dejar atrás sus preocupaciones, caminaba a la deriva por los extrarradios de la ciudad, sus pasos le condujeron hasta un viejo puente de tres ojos cerrado al tráfico de vehículos. En el trayecto de una orilla a la otra, un recuerdo que creía olvidado acudió por su mente. Y, como si remedase una situación anterior, detuvo su marcha y, acodándose en la barandilla, se abandonó a sus pensamientos.

Mientras se dejaba envolver por el rumor de la corriente, se preguntó si habría un remedio para dejar de escribir. Y, mirando hacia abajo con irónico desdén, se acordó del verso de un conocido poeta que dice: “El río: una hoja siempre en blanco”. Pensándolo bien, si no se decidía a saltar era menos por falta de aplomo que por desapego hacia la vida. Quince años después de su tentativa frustrada de suicidio, seguía teniendo la impresión de ser un resucitado.

Esa idea le pareció digna de recordarse, razón que le impulsó a transcribirla en un cuaderno de bolsillo, donde tomaba nota de sus pensamientos con vistas a un próximo libro. En ésas estaba cuando un imprevisto golpe de viento le arrancó los papeles de las manos. La mala suerte quiso que, al tratar de recuperarlos, echase el cuerpo hacia delante, le venciese el peso y cayese en medio de las turbias aguas del río. Al momento, sintió cómo le faltaba el aire, pero, esta vez, lejos de gritar, cerró los ojos.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Santiago Beruete nació en Pamplona el año 1961. Licenciado de Grado en Filosofía Pura, reside actualmente en la isla de Ibiza.

Ha recibido becas del Gobierno de Navarra para la Creación Literaria en 1986 y 1988, y una Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura en 1990. Es premio Villa de Aoiz (1986), Ciudad de San Sebastián (1987 y 1988), Arga (1987), Gabriel Miró (1987), Tiflos (1989), Constitución (1989), Francisco Ynduráin de las Letras para Escritores Jóvenes (1995), etc.

Su producción literaria comprende las siguientes obras:

El animal de dos espaldas. Pamplona, Pamiela, 1986.

Visión del último invitado. Pamplona, Pamiela, 1987. En colaboración con Fernando Luis Chivite.

El libro del ajedrez amoroso. Mérida, ERE, 1989.

Los furores inútiles. Madrid, Torre Manrique, 1990. En colaboración con Fernando Luis Chivite.

Los enemigos de la literatura (En prensa).

Sin decir adiós (En prensa).